

EARTH'S EARLIEST AGES

LAS PRIMERAS ERAS DE LA TIERRA



G. H. PEMBER

Traducido por RMC

Nota del Traductor:

La presente traducción es para uso exclusivamente personal y en ningún momento para fines comerciales.

*Ha sido realizada directamente del original inglés
Earth's Earliest ages (Edición 1884)*

*Esta traducción contiene los capítulos del 1 al 10.
Les agradeceríamos hicieran un uso responsable de ella.*

R. Martínez C.

www.laiglesiaenmalaga.es

Capítulo VI

La Caída del hombre

La misericordia de Dios parece haber predeterminado la caída para quitar el orgullo del corazón del hombre, a fin de que pueda ser restaurado a una pureza inmortal y a un poder y gloria más excelentes

Así, pues, el hombre y la mujer fueron creados el mismo día, de modo que Adán sólo pudo existir unas pocas horas antes que su esposa. Nada completaba más su gozo salvo la certeza de que sería duradero; y en este punto probablemente no sintieron miedo. ¿Qué sospechas podrían tener del poder del mal: cómo podían interpretar en todo lo que les rodeaba la destrucción de las creaciones más poderosas? No conocían los secretos de la tierra sobre la cual pisaban; se regocijaban en el verdor florido, y no veían las ruinas del mundo debajo del mundo que se adentraba en las entrañas de la tierra. No imaginaban que el mar azul ondeaba sobre una vasta prisión-morada de pecado; que la misma atmósfera sobre ellos estaba llena de ángeles caídos y de los espíritus incorpóreos de los que se habían rebelado contra el Altísimo.

Y ellos mismos también estaban destinados a ser vencidos del mal: pronto experimentarían el significado de esa horrible palabra, la muerte, que los labios de su Creador habían pronunciado; sentirían los terrores de Su ira, la desolación de la ruina de los horrores de la corrupción. Porque el Dios Omnisapiente conocía bien el gran obstáculo para la perfección de la criatura y que, hasta que no pudiera ser eliminada, sería incapaz de mostrar Su amor y derramar Su generosidad hasta lo sumo. No podía dotar a los hombres de gran poder y sabiduría; no podía hacerlos excelentes en majestad y gloriosos en poder, rápidos como los vientos o los relámpagos para hacer Su voluntad, hasta que hubieran pasado el peligro del abuso de sus dones, y así caer como los ángeles pecadores lo habían hecho antes que ellos.

Por lo tanto, no debían ser perfectos desde el día de su creación; sino que, por una experiencia dolorosa, pero muy saludable, debían aprender su propia debilidad de criatura: debían ser encarcelados en cuerpos de humillación (Fil. 3:21): debían probar lo que podían hacer por su propia fuerza, esforzarse por salvarse por su propio brazo en medio de las potencias hostiles de las

tinieblas, las cuales, por tanto, no debían ser condenadas de inmediato a la perdición de los rebeldes obstinados: debían caer, pero por la misericordiosa predisposición de Dios, no una caída eternamente fatal, no desesperada: debían saber lo que es permanecer en pecado, y así ser consumidos por su ira, ser turbados por su ira, ser sometidos a la vanidad, al desgaste y a la decadencia; con temor estremecedor debían entrar en las espesas tinieblas que envuelven los temibles portales de la muerte; toda su belleza debía convertirse en corrupción; sus cuerpos, por más majestuosos o hermosos que fueran, debían volverse repulsivos y repugnantes.

Y a través de todo esto y fuera de todo esto debían ser salvados por un poder que no era suyo: ignorantes, desamparados, angustiados, sin saber adónde ir, debían ser llevados de la mano de Otro: su pecado, que serían totalmente incapaces de expiar, debía ser castigado en la persona de un Sustituto; el Hijo unigénito de su amante Creador debía morir en su lugar. Así se le enseñaría a la criatura la absoluta dependencia del amor y poder del Dios Todopoderoso.

Y si pudieran humillarse bajo Su mano todopoderosa; si pudieran confiar en Él en el tiempo de sus tinieblas; si creyesen que Él causaba que todas las cosas trabajaran juntas para su bien; y aceptasen agradecidamente Su camino de paz y salvación - entonces, después de un breve espacio, los días de su luto terminarían. Él lavaría toda mancha de pecado o lágrimas; en vez de la vestidura de corrupción, los vestiría con las ropas de la inmortalidad; pondría la corona de la vida sobre sus cabezas; sobre ellas brotaría el gozo eterno sin posibilidad de que ninguna nube se interpusiera: muchos de ellos, incluso, dotados por su favor con una sumisión más completa, con una fe más fuerte, serían exaltados para sentarse en el trono de Su Hijo, y, bajo Él, gobernar en gloria sobre esa misma tierra que había sido la escena de sus esperanzas y temores, de sus lúgubres y fatigosas andanzas, mientras llevaban con ellos el cuerpo de esta condición presente de muerte (Ro. 7:24).

Satanás fue creado en gloria y cayó: el hombre nace en un estado de debilidad y miseria, y no alcanza su perfección hasta la resurrección de los justos

Tal parece ser el bosquejo de los propósitos de Dios con respecto al hombre, como se indica en las Escrituras: tal es la razón de nuestra peregrinación aquí en debilidad, continua dependencia de la miseria, y cierto progreso hacia la decadencia. Satanás despertó primero a la conciencia en la luz deslumbrante de la gloria de Dios, para encontrarse a sí mismo como un poderoso príncipe, perfecto en sabiduría y belleza (Ezequiel 28:12-15).

Pero, no conociendo otra condición, pensó que su poder y su esplendor procedían de sí mismo, perdió su sentido de dependencia y cayó sin esperanza. En nuestro caso, la previsión y la misericordia de Dios impidieron esta ruina irremediable.

Por eso nuestro ser comienza en las tinieblas, lejos de la luz y de la alegría de su presencia; no somos príncipes, sino esclavos de esos horribles déspotas: el pecado y la corrupción; nuestra belleza es defectuosa y evanescente; nuestra sabiduría es necedad; nuestros propósitos son continuamente quebrantados; nuestros cuerpos datan su tendencia a disolverse desde el día de nuestro nacimiento. Pero hay una mano extendida para guiarnos a través de la noche; y si la agarramos, renunciando a nuestras propias ideas del camino correcto, nos guiará a lo largo de un camino, duro y peligroso en verdad, pero que al final nos llevará a salvo a la casa de nuestro Padre.

Y entonces, cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad; cuando, después de haber llevado la imagen de lo terrenal, también nosotros llevemos la imagen de lo celestial; cuando descansemos, no más en la esperanza, sino en la satisfacción abundante y nunca fallida después de despertar en la semejanza de Dios; entonces, al fin, habremos alcanzado la meta de nuestro ser, la posición para la cual Él nos creó, no, para la cual nos ordenó desde antes de la fundación del mundo. Entonces sabremos por qué nos ordenó que nos consideráramos extranjeros y peregrinos en la tierra; entonces comprenderemos el significado cuando nos dijo que mientras estemos en la carne, pero en estado de muerte, nuestra vida real está escondida con Cristo en Dios (Romanos 7:24; Colosenses 3:3); entonces, cuando el tesoro celestial sea revelado ante nuestra mirada maravillada, entenderemos plenamente su oscuro dicho: *“Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?”* (Lucas 16:12).

Probable razón de la hostilidad de los ángeles caídos. Su astucia.

Ahora debemos regresar a Adán y Eva, a quienes dejamos disfrutando en inocencia de los placeres que Dios les había provisto. Pero su tiempo de felicidad fue corto, porque los poderes del mal ya estaban poniendo la trampa fatal. Y fueron, tal vez, estimulados para su propósito caído, no sólo por la pura malignidad y el deseo de oponerse a Dios, algo que podían hacer indirectamente, sino también por el deseo de prolongar su propio reinado. Porque, sabiéndose a sí mismos rebeldes, probablemente sabían muy bien que el Todopoderoso nunca querría que el hombre sin pecado se sometiera a

ellos, y que en Adán Él había levantado una semilla, no sólo para habitar la Tierra, sino también para tomar posesión de los reinos del aire. Por lo tanto, podemos entender fácilmente su ansiedad por retardar, al menos, el consejo de Dios al reducir la nueva creación a su propio nivel de pecado y ruina. Y, acaso, pueden haber sabido por experiencia que el resultado sería un retraso de largas eras, durante el cual la misericordia del Supremo concedería a Sus criaturas tiempo para el arrepentimiento y la recuperación.

El plan de Satanás mostraba que Dios todavía no lo había privado de su sabiduría; sin embargo, ¡tristemente! Por su caída, había pasado del noble poder de un príncipe del Altísimo a la astucia de un intrigante engañador. No haría su asalto con poder y terror: porque eso llevaría a los asaltados a los brazos de Su Protector en vez de alejarlos de Él, y sus graves gritos de ayuda invocarían rápidamente relámpagos sobre su audaz enemigo. Sino que se presentaría en la forma de un animal inferior y sujeto, del cual nunca sospecharían daño. Porque, como todos sus hijos de este mundo, Satanás, aunque orgulloso hasta la destrucción, puede degradarse a sí mismo hasta el polvo para llevar a cabo sus propósitos.

Razones que parecen haber determinado a Satanás a hacer su primer ataque contra Eva

Él no hizo la tentativa con el hombre y la mujer juntos; porque juntos podrían sostenerse el uno al otro en la obediencia y el amor de Dios. Y bien sabía que, si una vez era detectado y sorprendido, afrontar un segundo intento comportaría dificultades mucho más serias; es más, podría por alguna apelación de Adán a Dios ser totalmente impracticable.

Una vez más, existen dos razones que parecen haberle disuadido de tentar a Adán. Porque si hubiera comenzado por vencer al hombre, y luego por medio de él hubiera obrado la caída de la mujer, su ruina habría sido incompleta; ya que ella no carecería por completo de excusa delante de Dios, puesto que habría actuado bajo las órdenes o la influencia de aquel a quien Él había puesto sobre ella.

Y en segundo lugar, el hombre, como hemos visto antes, consta de tres partes: espíritu, alma y cuerpo; y de éstas el alma es predominante como consecuencia de su poder sobre el cuerpo. Ahora bien, es precisamente en este punto donde reside la debilidad del hombre, en el hecho de que su cuerpo es psíquico y no espiritual. Pero Adán fue creado directamente de la imagen de Dios, Eva sólo de manera indirecta. Si, entonces, el hombre fuera una imagen imperfecta por el predominio de su alma, este defecto se incrementaría naturalmente en la mujer, quien, por lo tanto, sería la más

susceptible de la forma exterior y de la belleza, y de todas las emociones conectadas con la conciencia de los sentidos y de sí misma, mientras que la influencia de su espíritu se reduciría proporcionalmente. En esta segunda consideración Satanás también parecería haberla escogido como el objeto más apto para su primer ataque.

Eva es atraída a la localización del árbol prohibido

Influenciados, entonces, por algunas consideraciones tales como éstas, los espíritus del mal observaban hasta que Adán estuvo ausente, o, tal vez, por ese misterioso poder que a menudo sentimos, pero que no podemos explicar, lo alejaron de su esposa, y, cuando la dejaron sola, la atrajeron a través del jardín hacia el árbol en medio de él. Puede ser que sus sugerencias la pusieran a reflexionar sobre la extrañeza de la prohibición de Dios. ¿Por qué plantó el árbol en su jardín si no iban a disfrutarlo? ¿Qué diferencia tan grande podría haber entre éste y los otros árboles de los que podrían comer a placer? Y entonces, quizás, una necia curiosidad pudo haberla movido a examinar el objeto prohibido, para ver si podía detectar su peculiaridad.

Pero, comoquiera que sucediera, ella permitió que la atrajeran al lugar fatal, y así le dio la oportunidad al Diablo. Porque debemos mantenernos lo más lejos posible de lo que está prohibido, y nunca tentar a Dios acercándonos a él innecesariamente, ya sea por curiosidad o por cualquier otra causa. Si Eva hubiera evitado la cercanía del árbol, nunca habría podido arrojar sobre él esa mirada que la arruinó a ella misma y al mundo. ¡Cuántos de sus descendientes han obrado su propia desgracia de la misma manera, deteniéndose en los límites del mal, examinando con demasiada curiosidad, deseando comprender demasiado bien lo que sabían que era malo!

El Tentador aparece en forma de serpiente, que en ese tiempo era probablemente la más atractiva, así como la más inteligente, de las bestias del campo

Mientras Eva estaba de pie junto al árbol, una serpiente se le acercó y se dirigió a ella. El hecho de que no se sorprendiera por tal acontecimiento parece indicar la existencia de una comunicación inteligente entre el hombre y las criaturas inferiores antes de la caída. Pero no debemos, por supuesto, pensar en la serpiente como el repulsivo y venenoso reptil al que ahora sentimos una antipatía instintiva. Porque no había sido maldecida entonces, sino que se mantenía erguida, la más inteligente y, probablemente, la más bella de todas las bestias del campo. Es un hecho interesante que en esa

notable escultura - la representación más antigua que se conserva de la caída - que se encontró en el templo de Osiris en Philae, se ve a Eva ofreciendo el fruto a Adán, el árbol está entre ellos, y la serpiente está de pie en posición erguida. Tal vez se sostenía con alas; y de hecho el epíteto “voladora” se aplica a la especie Seraph o ardiente en un pasaje de Isaías (Isaías 14:29). La criatura estaba, entonces, libre de veneno, y no sería improbable que fuera alada, mientras que sus escamas brillaban en el sol como oro bruñido. Quizás, también, fue reconocido por Eva como el más inteligente y sociable de todos los animales; y así, en todos los sentidos, sería el más adecuado para complacer su ojo y atraer su atención.

Poco sospechaba que un poderoso enemigo acechaba bajo esa bella y aparentemente inocente forma: tan poco como los discípulos imaginaban que su propio y amargo enemigo de su Maestro estaba sentado a la mesa con ellos en el cuerpo de Judas Iscariote. Tampoco podemos en ningún momento estar seguros de nuestra seguridad frente a emboscadas similares. Pero siempre hay una prueba posible, que, como la lanza de Ithuriel, obliga a Satanás a asumir su verdadera forma, y que podría haber salvado a Eva. Debemos conjeturar lo peor, y actuar en consecuencia, tan pronto como oigamos una sugerencia opuesta a la voluntad y leyes de Dios; y debemos estar más en guardia en la medida en que provenga de una fuente improbable, y esté astutamente mezclada con la verdad.

Las primeras palabras de Satanás a Eva

“¿Es verdad que Dios te ha prohibido comer de cualquier árbol del jardín?”, comenzó la serpiente. Tal vez el hecho de que Eva estuviera echando un ojo anhelante sobre el árbol y aun así se abstuviera de tocarlo sugirió esta astuta pregunta. Por simple que parezca a primera vista, estaba maravillosamente lleno de fascinante astucia, maravillosamente adaptado con el propósito de perturbar el ser moral de Eva, y así preparar el camino para su completa subversión. El Tentador incita a pensar que ella se abstiene porque Dios le ha hecho pensar que ella se abstiene porque Dios le ha prohibido severamente a ella misma y a su esposo tocar cualquiera de los hermosos frutos que la rodean. Y así, con su breve, pero muy hábil interrogatorio, comienza a envolverla en las nieblas del error con al menos cinco sugerencias fundamentales. Primero, hace que baje la guardia por su supuesta ignorancia. En segundo lugar, despierta la vanidad desde las profundidades de su autoconciencia, dándole la oportunidad de corregirlo e instruirlo. En tercer lugar, usa el término Elohim, y no el nombre del pacto, Jehová, para

representar al Creador tan distante y tan poco preocupado por Sus criaturas. En cuarto lugar, pone en duda que Dios haya pronunciado la prohibición, e insinúa la posibilidad de un error. Y por último, insinúa el pensamiento blasfemo de que se puede esperar de Dios y no verse como inconcebible la dureza y el capricho.

Su respuesta muestra que comienza a dudar y que ya ha sido atrapada en la trampa

Los efectos cegadores de esta pregunta son inmediatamente evidentes en la respuesta de Eva. Ella responde que pueden comer de los otros árboles del jardín, y que sólo se les advierte acerca del que está en medio del huerto: *“Pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis”*. Pero Dios no les había prohibido tocarlo; y por eso parece que vemos en la exageración de esta cláusula añadida un descontento secreto y una inclinación a poner el mandamiento del Todopoderoso de la manera más severa posible.

Y esto tampoco lo es todo: no sólo aumenta el rigor de la ley, sino que también debilita la pena. Dios le había dicho: *“Ciertamente morirás”*, pero ella lo transforma en: *“Para que no muráis”*. La duda ya estaba obrando en su mente, ahora estaba preparada para escuchar la abierta negación de la verdad de Dios.

Una vez más, ella sigue la dirección de Satanás hacia las tinieblas y habla de su Creador y Benefactor como Elohim - el Poderoso, poderoso en verdad, pero para los hombres ambiguo, distante y casi desconocido - en lugar de Jehová, el Dios que hizo el pacto con su esposo y con ella misma. Satanás deseaba desterrar de su corazón todo pensamiento de un Dios cercano y conectado estrechamente, y ella acepta su sugerencia y coopera con él. Porque la imagen de Jehová se desvanece rápidamente de su mente, y el yo y el pecado comienzan a tomar su lugar.

Solemne es la advertencia que el análisis de sus pensamientos ofrece a sus descendientes, a la descendencia por la cual su propio triste camino es pisado incesantemente. ¡Cuántas veces, cuando somos perfectamente conscientes de algún mandamiento directo de Dios que no queremos obedecer, somos seducidos exagerando su magnitud y su inconveniencia, hasta que al final, por el continuo juego de las malvadas elucubraciones, casi llegamos a tomarlo como imposible! Al mismo tiempo nos esforzamos por disminuir su importancia, y la pena que su descuido probablemente implicaría, sin percibir que, mientras estamos haciendo nuestra propia voluntad desafiando la voluntad de Dios, Su Espíritu Santo se retira

gradualmente de nosotros, y que nuestra conciencia de Dios - o, como se llamaría ordinariamente, sentir religioso - se vuelve más y más débil. Sin embargo, el pecado dentro de nosotros crece proporcionalmente y adquiere fuerza, hasta que por fin, cuando nuestros ojos se abren de nuevo, lo encontramos como un horrible tumor, que, por repugnante y doloroso que sea sobrellevarlo, ha sido descuidado durante tanto tiempo que aunque sea extirpado apenas dejará vida en nosotros.

Satanás sigue su ventaja con una atrevida acusación de Dios, y una apelación a la vanidad de Eva

Satanás rápidamente percibió el estado de la mente de Eva: su plan estaba teniendo éxito: ella había comenzado a dudar. Instantáneamente presionó sobre su ataque con una mentira audaz combinada con una verdad, de hecho, hasta cierto punto, pero presentada de manera característicamente satánica, para que la mujer pudiera perder su verdadero significado, e interpretarla de acuerdo con su propia vanidad creciente. “Ciertamente no moriréis”, dijo este mentiroso, desde el principio, atreviéndose así a oponer su propia afirmación al Todopoderoso. Y Eva le creyó; creyó a esta bestia del campo, como ella lo suponía, ¡y no al gran Creador de todas las cosas! La Tierra cargada con sus incontables tumbas siempre suspira por la credulidad: el océano, mientras sus persecuidoras olas revolotean sobre los huesos de multitudes que yacen en medio de sus ignorados tesoros, gime en respuesta; y el Hades, mientras sus vastos reinos están siendo poblados diariamente por nuevas colonias de espíritus desnudos, proclama solemnemente que Dios es verdadero. “Pues Dios sabe”, prosiguió el Tentador, “*que el día que de él comáis, serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios*”, porque así debemos traducirlo, “*conociendo el bien y el mal*”. En verdad Jehová lo sabía: pero, ¿por qué no se le ocurrió a Eva que Él también debía saber más; que abrirsele sus ojos no sería para añadirle felicidad, sino algo dañino y destructivo? ¿No podría ella, en un momento de reflexión, percibir la temible responsabilidad que el conocimiento del mal implicaría, y bendecir al Señor que la había salvado de sus peligros? ¿O no podía, al menos, confiar en Aquel que la había llamado a la existencia, y de cuyas manos desde entonces no había recibido otra cosa que el bien, y volverse con horror de la impiedad blasfema que le sugería la posibilidad de elevarse de alguna manera a Su altura? No podía, porque estaba engañada; su razón se había pervertido por el deseo; la visión de la exaltación de sí misma la había intoxicado. No hubo error en el juicio de Satanás: había detectado el punto más débil cuando apeló a su vanidad y le sugirió la idea de convertirse en Dios. ¿La disponibilidad

con la que recibió este pensamiento audaz no nos muestra la necesidad de nuestro actual estado de debilidad? ¿No explica suficientemente el hecho de que un corazón quebrantado y contrito es la primera condición indispensable para entrar en el Reino de los cielos (Mateo 5:3)? ¿Y no percibimos continuamente, tanto en nosotros mismos como en los demás, las acciones de ese sentimiento sobre el que Satanás jugó en el caso de nuestro primer progenitor? ¿No aparece en la voluntad de uno mismo, que es la determinación de ser obedecido como Dios, en lugar de obedecer? ¿No es evidente en el orgullo y la vanidad, ya sea por nacimiento, habilidad, belleza, riqueza o cualquier otra fuente? ¿Acaso no puede ser rastreada en esa ilimitada confianza en sí misma que expone su propia sabiduría y opiniones como únicas dignas de ser notadas, y espera que sean recibidas con gratitud y respetadas por todos? Y, tal vez, su peor aspecto se ve en la autocomplacencia con la que los hombres escuchan las reprensiones y correcciones que ellos mismos merecen, pero que inmediatamente aplican sólo a los demás.

La tentación de Eva comparada con la de nuestro Señor

Llevada, entonces, por el nuevo sentimiento que se despertaba en ella, Eva se volvió y miró al árbol, mientras Satanás la acosaba con las tres tentaciones que desde entonces ha empleado para arruinar a la raza humana: los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida. Ella vio que el árbol era bueno para comer. Ese era el deseo de la carne, y correspondía a la tentación del Señor de convertir las piedras en pan. Pero ¡cuán diferentes son las circunstancias y el resultado! Eva estaba rodeada de abundancia, todos los demás árboles del huerto eran suyos; sin embargo, tenía que echarle un ojo de deseo a aquello que no se le había dado; su orgullo y su propia voluntad hicieron que ese árbol pareciera más deseable que todos los demás. El Señor estaba en medio de un desierto y desmayaba de hambre; sin embargo, no quería romper los límites de Su humanidad, sino que esperaba sumisamente hasta que Su Padre le enviara el alivio. Nuevamente, Eva vio que el árbol era agradable a la vista. Esos eran los deseos (la concupiscencia) de los ojos, y corresponde al ofrecimiento de todos los reinos de este mundo y su gloria a Cristo. Y aunque todo el huerto estaba lleno de objetos de belleza a los que ella podría haber mirado con legítimo placer, Eva, sin embargo, los desechó todos por el que Dios había prohibido. El Señor, por otra parte, como hombre, no poseía nada, y sin embargo rechazó con indignación las maravillas, las glorias y los placeres de todo el mundo, los cuales se extendieron panorámicamente ante Su mirada. Por último, Eva vio

que el árbol era un árbol que había que desear para ser sabio. Eso era la vanagloria de la vida, y correspondía a la tentación de nuestro Señor de arrojarle del pináculo del templo. Eva deseaba elevar su condición, pero no había nadie más grande que ella en la tierra, excepto su marido. Pero el Señor, aunque despreciado y rechazado por los hombres, y conocido sólo como el hijo del carpintero de Nazaret, se negó a descender del pináculo del templo, y a ser aclamado de inmediato por la multitud reunida abajo como la tan esperada señal del cielo, como el Mesías real.

El Triunfo del Tentador. Adán no fue engañado, sino que pecó deliberadamente

Así, Eva, le había dado paso primero a la duda, después se sometió a escuchar la contradicción directa de Dios y, por último, se volvió a contemplar el árbol prohibido. Entonces el torrente de su deseo se elevó con tal violencia impetuosa que se llevó todas las barreras; y sin esperar a consultar a su marido, sin detenerse a pensar en su Dios, extendió su mano, y en un momento se cumplió el acto fatal, que casi seis mil años no han bastado para borrar. Los días de la inocencia de Eva terminaron: y poco después, al llegar su marido, ella dio otro triste ejemplo de ese egoísmo del pecado, de ese deseo insaciable e imprudente por parte de los caídos de involucrar a otros en su propia ruina miserable, la cual fue previamente exhibida por Satanás. Así, el tentado se convirtió inmediatamente en el tentador. Ahora bien, Pablo nos dice expresamente que Adán no fue engañado, sino sólo la mujer (1 Tim. 2:14). Porque ella, cuando Satanás le dio a conocer las cualidades del fruto, admitió de inmediato, como la única explicación posible de la prohibición de Dios, que Él era inmisericorde (exento de gracia) o que temía a los rivales. Pero Adán probablemente vio tanto la impiedad como la completa insensatez de tal imaginación, sabiendo que el mandamiento había sido dado indudablemente en la sabiduría de Dios para el bien de ellos, y tal vez se le confirmó un poco este punto de vista por la condición en la que encontró a su esposa. Parece, por tanto, que estamos abocados a suponer que el exceso de amor lo inclinó a sus ruegos, y lo hizo decidirse a compartir su destino. Y aquí vemos su incapacidad para recibir tal don de Dios; porque aunque había hecho bien en amarla más que a sí mismo, estaba desesperadamente enredado en la trampa de la locura cuando la idolatraba tanto como para transgredir por ella la ley de su Creador. Así prevaleció el Príncipe de este mundo. La nueva creación había sido seducida a la rebelión; ya no había ningún obstáculo para la reanudación de su dominio. Se levantó triunfante de la tierra, y expandió sus oscuras alas sobre el territorio recuperado,

impidiendo los puros rayos del sol de Dios, y espesando las neblinas venenosas del pecado, bajo las cuales las flores de la tierra se marchitaron, sus frutos se secaron, se restringió su abundancia, y ella produjo tanto lo malo como lo bueno.

laiglesiaenmalaga.es